

Tango versus bolero

KOHAN, Martín (2016).

Ojos Brujos: fábulas de amor en la cultura de masas. Buenos Aires, Ediciones Godot



Pablo Ansolabehere

El título de este ensayo de Martín Kohan puede resultar engañoso. A simple vista la rendidora fórmula de “nombre de fantasía” (“Ojos brujos”) + “bajada temática” (“fábulas de amor en la cultura de masas”) parece anunciar una tesis propia del campo de los estudios culturales latinoamericanos, con las debidas hipótesis y conclusiones acerca del funcionamiento de los medios y su relación con el público y el mercado, con los distingos de rigor entre conceptos claves, con la prolija historización y puesta en contexto de algunos de los “productos” de la cultura de masas (en este caso, el tango y el bolero), todo, a su vez, sazonado con las necesarias referencias a los nombres fundamentales en la materia (desde Adorno en adelante) y -también hay que decirlo- con poco espacio reservado para el análisis fino y en detalle de las canciones que componen el cuerpo (y el alma) de esos dos géneros tan emblemáticos de la cultura latinoamericana de los que se ocupa este libro.

Sin embargo, y a pesar incluso de que, en efecto, en las primeras páginas se teoriza sobre la cultura de masas y se menciona a Adorno, *Ojos brujos* es otra cosa. Su reflexión, justamente, y a propósito de la letra de algunos tangos, sobre los alcances de la palabra “cosa” y su deriva en “cosos” es un buen ejemplo, una pequeña y brillante muestra de ese desvío. Se trata, más bien, de un recorrido personal, panorámico y, a la vez, microscópico y concentrado, del mundo -del mundo amoroso, conviene aclarar de entrada- construido por letras de boleros y de tangos, sin referencias -salvo algunos datos mínimos- a contextos históricos, bibliografía especializada en la materia o cuestiones vinculadas con el público, el mercado y otras entidades similares.

Es quizá por esa forma de acercarse al objeto y, también, por las características intrínsecas del objeto mismo, que resulta inevitable, al leer *Ojos brujos*, pensar en la literatura de Manuel Puig y en la forma en que las letras de boleros y tangos juegan con la trama de algunas de sus novelas y la vida de los personajes. Es por eso que voy a recurrir a dos de esas novelas para pensar el ensayo de Kohan.

En las páginas iniciales de *Boquitas pintadas* (1969), Nené, una de las protagonistas de la novela, sintoniza

en la radio la audición “Tango versus bolero”. El “versus” allí no implica enfrentamiento sino alternancia; en lugar del contraste, un fluir sin sobresaltos: primero se pasa un tango; después, un bolero. En *Ojos brujos* sucede algo similar, nada más que invirtiendo el orden de los términos: la primera parte está dedicada enteramente a los boleros y la segunda, a los tangos. Luego de una breve pero reveladora introducción sobre la cultura de masas, las canciones populares, la cursilería y el lugar en que se coloca el ensayista en relación con su objeto, en la parte dedicada al bolero, el amor y sus derivas organizan la mirada sobre el vasto corpus que conforman las letras (muchas) de boleros. Las citas abundan, pero solo -salvo un par de excepciones- para informar los nombres de los autores de las canciones.

La segunda parte, dedicada al tango, muestra de entrada que Kohan se abstiene de la tentación del cotejo. No hay “versus” pero tampoco señalamiento de confluencias. En todo caso la sucesión operará libremente sus efectos sobre cada lector. Pero, además del cambio de género musical, en esta segunda parte tanguera se hace visible una novedad operativa: si bien el amor sigue siendo el eje, Kohan entra y sale de los tangos y los motivos que elige con mayor libertad y autonomía que con los boleros (quizá porque, a diferencia de estos, en el tango el amor no resulta ser su tema excluyente). Esa libertad se verifica, además, en que no son las letras el único punto en el que se posa la mirada del ensayista, que encuentra poderosos núcleos de significación en detalles tales como el tono de una voz, la forma en que diversos cantores escanden la letra del mismo tango o, incluso, en los alcances metafísicos del chasquido de una lengua (que es nada menos que la lengua de Aníbal Troilo).

La otra novela de Puig que me permite pensar el ensayo de Kohan es *El beso de la mujer araña* (1976). En una de sus mejores escenas, el personaje de Valentín (preso político, duro, varonil, alma analítica poco dispuesta a las efusiones románticas) empieza a mostrar los efectos de la educación sentimental que, sutilmente, le ha ido impartiendo su compañero de celda, el delicado y sensiblero Molina. Allí, en una carta que Valentín le escribe a su amada (y que le dicta a Molina) los pasajes de amor aparecen claramente impregnados por la retórica de los boleros (de los boleros que

canta Molina). En este sentido puede decirse que, en *Ojos brujos*, Kohan es una mezcla perfecta y especial de Molina y Valentín: aplica el músculo implacable del análisis (minucioso, obsesivo), pero dejando ver, al mismo tiempo, que ese análisis no implica distancia con el objeto, sino que más bien expresa el deseo de entender la lógica del deseo que articula esas canciones. Y, quizá también, el deseo de entender, a través de ese discurso amoroso, la lógica misma del amor.

Es en la tercera y última parte del ensayo en la que se muestra más abiertamente el tipo de relación que establece Kohan con ese cancionero. Por eso, quizá, además de hacer confluir en un mismo espacio, ahora sí, algunos tangos y boleros, se permite elegir como punto de arranque una canción de Roberto Carlos, "Por amor", muy popular toda América Latina en los años 70, cuando el tiempo de esplendor de ambos géneros ya había pasado. Si bien "Por amor" no es un bolero (de tango ni hablar), de algún modo parece captar a la perfección los principales rasgos que definen

el género (por lo menos tal como lo concibe Kohan). Y, en especial, la relación con esa forma extrema del amor que es el "desamor".

El final de estas historias (de estas "fábulas", como propone el título) no es -no puede ser- feliz. Por eso, el ensayo concluye con la forma más "desgarradora" del amor que es aquella en que los amantes deben separarse no porque su amor se haya terminado, sino, precisamente, porque su pasión amorosa está más viva que nunca.

Entre el bolero y el tango, o, para decirlo a través de los ejemplos que exhibe el ensayo, entre el "Somos" (Mario Clavell) del bolero y el definitivo "Fuimos" (Homero Manzi) del tango, se resume la paradoja más inquietante del amor y, por lo tanto, la más conmovedora de todo el repertorio que exhiben estas fábulas, verdaderos fragmentos del discurso amoroso que Martín Kohan reconstruye con pasión e inteligencia.